

¿A donde vamos?

G.
L
O
R
A

— LA ALTERNATIVA DE LA
REVOLUCION PROLETARIA. —



FB

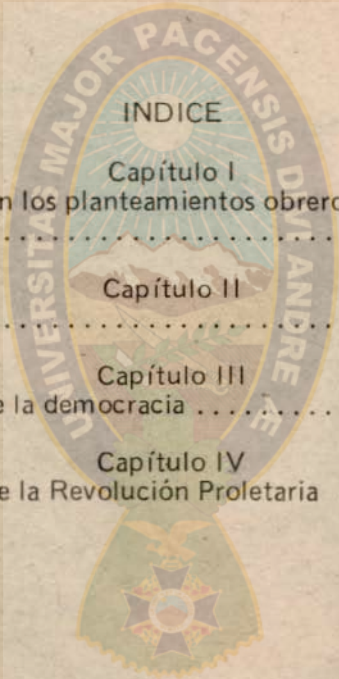
305.56

L865a

La Paz-Bolivia
1984

00662

5.441
7-11-84



INDICE

Capítulo I	
Punto Muerto en los planteamientos obreros y populares	pag.3
Capítulo II	
El falso dilema	16
Capítulo III	
La impostura de la democracia	27
Capítulo IV	
La alternativa de la Revolución Proletaria	36



¿ A DONDE VAMOS?

— La alternativa de la revolución proletaria —

por: G. Lora

Capítulo I

PUNTO MUERTO EN LOS PLANTEAMIENTOS OBREROS Y POPULARES

1. Las sucesivas reuniones de la COB, de las federaciones, de los sindicatos, de los cabildos abiertos populares, etc., concluyen indefectiblemente en un punto muerto: no se deben asumir actitudes extremas ni hacer planteamientos atrevidos que desestabilicen el proceso democrático —una forma elegante de designar al gobierno burgués udepista—, es decir que debiliten al régimen imperante que molesten el sueño del Dr. Siles. Los obreros no pueden demandar que se les pague lo suficiente para que puedan recobrar su condición de personas humanas, por ejemplo, el salario mínimo vital. Las poblaciones y el asalariado se ven impedidos de recurrir a la tradicional acción directa (movilización bloqueos, huelgas, etc.) como forma de presión para ser escuchados por el gobierno central. En las viejas democracias los problemas no se solucionan a palos y en las calles, sino por los canales establecidos por ley; sin embargo, en la "democracia" criolla, el parlamento no puede ejercitar las atribuciones consagradas por la constitución por la simple razón de que esta actividad molesta al Poder Ejecutivo.

En todos los casos el argumento que utilizan tanto las autoridades como las organizaciones políticas y los burócratas sindicales, es invariable: de esta manera se allana el camino para la efectivización del golpe de Estado de la extrema derecha, particularmente del gorilismo. En resumen: hay que permanecer quietos y con la boca cerrada, salvo el caso de que se trate de elogiar lo que hacen y dicen Siles y sus ministros, a fin de no despertar a monstruo. De esta manera, la política ha sido reducida a un pueril juego al cucu. La política ha quedado empantanada en un punto muerto. Al proletariado se le reconoce líricamente preeminencia en el proceso actual, pero está prohibido

que supere el punto muerto.

Los que deliberadamente empujan el proceso político-social a este punto muerto utilizan como garrote un argumento que hasta ahora aparecía como irrefutable: si Siles —ellos dicen “democracia”— se cae vendrá indefectiblemente el fascismo, no puede venir ninguna otra cosa. La mayoría nacional y también los trabajadores, quedaron encerrados en este círculo de fuego porque no atinaban a columbrar ninguna otra salida política desde el punto de vista de sus intereses. Pagaron este altísimo precio por el profundo desplazamiento hacia las posiciones de la democracia burguesa que protagonizaron en el último período electoral. Dieron sus votos por la UDP y ésta los cogió sentimentalmente: estaban moralmente obligados a apuntalarla en el poder para no volver a caer en el pasado. Se había materializado el sueño de los sueños.

De lejos se percibe que estamos viviendo un período de transición: la mayoría nacional, la nación oprimida, hacen esfuerzos por sobremontar el punto muerto de la política y buscan afanosamente nuevas perspectivas políticas revolucionarias que permitan superar la mentira “democrática” tan cuidadosamente montada por la UDP, cuya actividad llena de imposturas, chantajes, falsificaciones, etc. está fuera de toda duda. A los explotados se les presenta el problema de superar el mito de que hay una única alternativa, Siles-fascismo, de encontrar, como respuesta al actual impasse político, una salida revolucionaria que responda a sus propios intereses. Es preciso comprender con toda claridad que el punto muerto de la política ha sido alentado y cultivado por el oficialismo y por las tendencias que le son adictas. Hasta ahora ha funcionado como un factor estabilizador del propio gobierno, esto a falta de un multitudinario apoyo o cuando este factor comenzó a disiparse. Siles hace tiempo que está sentado sobre una impostura.

¿De qué se nutre el mito? Sustancialmente de la especie, generosamente difundida, en sentido de que el gobierno pretendidamente democrático de Siles constituye la última palabra de todo el proceso político la meta

final de las aspiraciones populares y que no puede concebirse nada más allá de esa meta que necesariamente hay que considerarla suprema. La UDP es presentada como la única repuesta que podría darse al fascismo gorila y se añade que si mucho se agita el ambiente el totalitarismo uniformado puede volver a enseñorearse del país. Se ha elaborado exprofeso un esquema que se impone al desarrollo de los acontecimientos: la historia boliviana última no sería otra cosa que una línea oscilante entre fascismo y democracia, línea llamada a proyectarse en el futuro. La amenaza terrorífica se incorpora automáticamente, el fascismo estaría a la vuelta de la esquina, esperando únicamente que nosotros cometamos el desliz de exigir mucho o de provocar alborotos desmesurados.

Los bolivianos estarían condenados a perpetuar a la actual democracia y su aspiración más atrevida no debería ser otra que la de profundizar el proceso que vivimos, lo que equivale a decir que es preciso agotarse en el empeño de abrir las puertas de par en par a un hipotético proceso capitalista pleno y libre. Si a alguien se le ocurriese plantear una perspectiva que apunte más allá del sistema burgués, legítima y necesaria desde el punto de vista de la nación oprimida, inmediatamente se le sindicaba de cómplice o agente del gorilismo golpista. Hasta ahora los bolivianos han vivido estrangulados por los que abusivamente se presentan como la encarnación de la democracia formal. Por caminos tan tortuosos el equipo de la UDP, cuyos contornos se difuminan día que pasa, se convirtió en cierto momento en amo de la situación política y de la voluntad torturada y presa de la angustia de casi todo el país. Parece que aquí se asienta el sueño mirista, expresado por boca de ese niño grande que es Jaime Paz, de quedarse veinte años en el poder, según el testimonio de algunos periodistas. Esta chiquillada fue dicha en tono grave por el MNR de 1952 y habían razones para ello.

2. El punto muerto en el que indefectiblemente desemboca el empuje de las masas, obliga a éstas a retroceder intermitentemente. Sin embargo, vuelven al ataque impulsadas por el hambre que viene asestando rudos golpes a todas

las familias de escasos recursos e invariablemente chocan con un muro que no pueden derribar hasta ahora: la defensa obligada del "proceso democrático". ¿Hasta cuándo tendrá vigencia la superchería? La explicación teórico-política es, en cierta medida, exterior al grueso de los trabajadores, aunque no despreciable porque en medida modesta ayuda a éstos a adquirir conciencia del manipuleo irresponsable y cínico del que hasta ahora han sido víctimas. La situación política dará un vuelco total (ya se perciben indicios del fenómeno que será el más importante de la última época) cuando el impulso de la mayoría nacional, venido desde lo más profundo de ella, derrumbe la superchería udepista. ¿Espontaneísmo? De ninguna manera. El empuje de las fuerzas elementales, con mucha carga instintiva, se mezclará con la comprensión de la naturaleza del fenómeno udepista. Su naturaleza y significación serán políticas. Nos estamos refiriendo a una poderosa movilización de la mayoría nacional capaz de rectificar y superar la inconducta de los que sirven al gobierno actual desde los puestos de la dirección sindical o de determinados partidos políticos "democráticos" o "izquierdistas". Una movilización de estas dimensiones no puede menos que arrastrar poderosas corrientes instintivas, que son las que motorizan su marcha, aunque en cierto momento palidecen y hasta parecen desaparecer al diluirse en las fórmulas-consignas políticas. Una profunda movilización de masas no se da de otra manera. La idea utópica en sentido de que en cierto momento todos los explotados, sin excepción alguna, ostentarán una elevada conciencia de clase, ignora lo que en la realidad es el proletariado

La superación de este obstáculo colocado por el oficialismo en el camino de la revolución se presenta como una necesidad histórica. Permanecer atrapados en el dilema democracia-fascismo, no solamente importa quedar inmovilizados en el impasse político, sino cerrar deliberadamente toda posibilidad que permita proyectarse más allá del capitalismo, agonizar en medio de una situación insoportable que es consecuencia de la total caducidad de la clase dominante, en la que el gobierno ya no gobierna.

no puede resolver los problemas más angustiantes, y la mayoría nacional se resiste a agonizar en medio del caos y la desesperación. Si la mayoría del país queda inmobilizada por esa droga cretinizadora que es la "democracia" convertida en ídolo sagrado, que exige toda especie de sacrificios aunque no hace ningún milagro, es claro que se desintegrará físicamente, que será destruida y prostituida por la hambruna. Continuar postrados de hinojos ante esa impostura importa remachar las cadenas de la esclavitud.

La "democracia" udepista ha dado pruebas fehacientes de su total incapacidad orgánica para resolver el problema de la aguda crisis económica que azota a todos, crisis estructural por su naturaleza (las fuerzas productivas se despedazan al chocar con las formas de propiedad imperantes), que emerge de las raíces mismas de nuestra realidad y se agrava por la influencia y repercusiones de la recesión mundial. Esa crisis se concretiza en la carencia de pan y de dinero para pagarlo: es ya la hambruna. En algún lugar hemos dicho gráficamente y su repetición aquí ayudará a comprender el problema: la burguesía (la clase dominante en su conjunto) como gobierno ya no puede dar el imprescindible plato de comida a sus esclavos (los trabajadores), lo que quiere decir que ha quebrado políticamente, como expresión de toda la clase. Sería absurdo mantener en el poder por más tiempo a esta clase social opresora y explotadora, porque esto significaría destruir físicamente a la fuerza de trabajo. La burguesía en su caída, que ostenta antifaz udepista, se ha tornado excesivamente miserable y cínica: para sobrevivirse no tiene más receta que acentuar, aún más, la miseria popular, recortar los salarios reales, lo que permite favorecer a los empresarios. La UDP se mueve a sus anchas en medio de una dramática situación, en la que los más poderosos entre los ricos pueden aumentar sus ganancias de manera acelerada e insospechada, mientras los pobres se empobrecen más indefectiblemente. El gobierno burgués no tiene posibilidades de superar la crisis porque es incapaz del todo para acabar con la propiedad privada, la causa real y última de

nuestros males, por esto se va por las ramas, adopta medidas exclusivamente monetaristas, recurre al crédito de la banca del capital financiero, se da modos para implementar los acuerdos del Fondo Monetario Internacional, lo que agrava la dependencia con referencia al imperialismo, etc.; no adopta medidas estructurales que puedan incentivar la producción y el desarrollo económico. Esto significa que si no nos deshacemos de la UDP como gobierno va a ser destrozado totalmente el país. No puede esperarse que la crisis, válvula de seguridad del capitalismo decadente, se autosupere como un proceso natural, porque esto supone la descomunal destrucción (que los cesantes se eleven a cifras astronómicas, por ejemplo) de las fuerzas productivas, que no puede menos que traducirse en un osado avance de la barbarie, seguramente bajo la forma de fascismo.

3. El sexto congreso de la Central Obrera Boliviana, tan dramáticamente estrangulada por la burocracia sindical, pues ésta constituye la pieza maestra para el funcionamiento de la superchería de "la defensa del proceso democrático por encima de toda consideración", corre el serio riesgo de quedar atrapado en el falso dilema de "democracia-fascismo". Esto quiere decir que seguirá jugando el papel de freno de las masas, de desmovilizador de éstas, todo para asegurar la salud del gobierno Siles. Se agotará al servicio de la burguesía democratizante y radical.

Parece poco probable que el empuje de los elementos de base concluya imponiéndose, victoria que necesariamente se proyectaría más allá de la democracia burguesa, esto porque la burocracia sigue manteniendo parte de su predicamento y su aparato está muy lejos de haber sido desmontado. Las altas direcciones sindicales tienen la posibilidad inclusive de potenciar su real influencia sobre los trabajadores. Por otro lado, la indiscutible radicalización de las bases tiene que atravesar una red distorsionante antes de llegar a expresarse tímidamente en los oradores del congreso y mucho más atenuadamente en las resoluciones escritas. Dicho de otra manera: el sexto congreso de la COB puede servir para consolidar al gobierno burgués

de la UDP lejos de debilitarlo y esto de una manera premeditada y cuidadosamente preparada. La historia seguirá como hasta ahora, no se percibirán mayores novedades y los cambios apenas si serán perceptibles. Es claro que la burocracia seguirá debilitándose paulatinamente, paso a paso, las condiciones para el salto cualitativo se van acumulando. La consigna central y antiobrera seguirá siendo la que dice: si levantamos la voz atrevidamente podemos despertar al fascismo y éste puede golpear por nuestra culpa, sepultando las garantías democráticas de las que gozamos y traer otras consecuencias igualmente terroríficas. Sin embargo, no puede descartarse del todo la posibilidad de que un poderoso empuje de masas, por causas que actualmente no se perciben, barra con la burocracia y coloque a la COB en el sendero de la revolución.

Sería incomprensible lo que va a suceder en el sexto congreso de la COB, si esta organización sindical, no ya soviética como en 1952, altamente disciplinada y controlada por la burocracia, no es ubicada en su verdadero lugar dentro del actual proceso político. Fuerzas que le son extrañas le obligan a cumplir un determinado rol político y los planteamientos puramente sindicales o salariales ocupan un segundo lugar o desaparecen del todo. El gobierno burgués udepista no habría podido sobrevivir hasta nuestros días si no hubiera contado con el importante apoyo y los servicios incondicionales de la plana mayor sindical recolectada entre la militancia de los partidos que conforman la UDP, particularmente del stalinismo, y sobre todo si el equipo timoneado por Lechín pequeño pero obsecuente, no trabajaba también en este sentido. No puede haber la menor duda que la burocracia cuenta, al menos hasta ahora, con la confianza y el respaldo del gobierno, se diría que en los hechos hay un cogobierno, que como todo cogobierno concluye como un esquema que empuja a los explotados a subordinarse a sus verdugos, que hace desaparecer la independencia de clase. El oficialismo, que ha ido tornándose antipopular, ha concluido apoyándose en la burocracia.

La UDP tiene sobradas razones para considerar a la COB

como a un engranaje del aparato estatal, y en los hechos es eso la burocracia sindical. El gobierno ha lanzado la consigna de "unidad alrededor de la COB". Como se ve, la organización sindical ya no es considerada como un centro de resistencia a la superexplotación, de defensa de los intereses de los afiliados, sino como un sostén del gobierno. En estas condiciones resulta sumamente hipotético hablar de independencia sindical. El organismo sindical está prácticamente estatizado por sus cumbres. Se trata de una tendencia predominante en el seno de las burguesías nativas en los países atrasados, pues juega el importante papel de estabilizador político de los gobiernos frente a sus adversarios internos y externos. En nuestro caso la estatización avanza en servicio de una causa francamente retrógrada.

De manera camuflada han vuelto a ser actualizadas las tesis que al respecto desarrolló el equipo silista entre 1956-1960: si los obreros están en el poder no pueden entrar en contradicción con su propio gobierno y menos declararle huelgas. Hasta no hace mucho, el PCB no se cansaba de pregonar que el gobierno silista era nada menos que uno obrero, es claro que ahora, a la luz impactante de los acontecimientos, no puede llegar a ese extremo ni el más cínico de los oficialistas. Sin embargo, el régimen imperante trata a la COB y a los sindicatos como si realmente formasen parte del aparato estatal: deben limitarse a apoyar a la democracia sin ocasionar obstáculos ni problemas de ninguna especie. Las huelgas se han convertido en el peor enemigo, en el más odiado, del gobierno. La burocracia cobista se agota en el vano esfuerzo de embridarlas, disciplinarlas para que no hagan daño a la producción y demás tonterías por el estilo. Lo que busca es que la huelga se torne inofensiva y en lo posible que no estalle. En el entretanto Siles se frota las manos.

Es claro que este lamentable estado de cosas tiene que terminar y esto será posible si la burocracia es derrotada, si los obreros logran una adecuada y fiel representación. En las últimas reuniones de la Central y de las federaciones se han constatado explosiones de repudio a esa buro-

cracia, precisamente, porque ésta distorsionaba y evitaba que la inconducta gubernamental fuese debidamente repudiada

Se ha presentado un fenómeno notable, que algunos observadores parecen no percibir: se ensancha más y más el abismo entre las demandas y el radicalismo de las masas y la conducta diaria pro-oficialista de la burocracia. En el congreso minero se ratificó a casi toda la burocracia. Esa reunión obrera se movió bajo la poderosa presión de una mentira acuñada deliberadamente en ese momento y que descontaba el estallido en la región Oriental de un golpe de Estado militar. Todo se redujo a un manifiesto de un militar que está desesperado de llegar a ser líder de la desesperación que se ha apoderado de amplias capas de la clase media y de los propios uniformados. La mayor parte de los delegados razonó en sentido de que preferían que todas sus conquistas, que su derecho a pedir mejores remuneraciones se perdiesen, pero no la "democracia" conquistada a sangre por ellos. La reunión quedó nuevamente inmovilizada y los inmovilizadores fueron los burócratas de todo pelaje. Este camino es peligrosísimo, pues puede conducir a las bases a convencerse de que las organizaciones laborales no sirven para nada, que ya no interpretan sus aspiraciones más sentidas y que se limitan a defender con intransigencia a un gobierno que les es extraño.

Ha ganado terreno, gracias a la terca persistencia de los burócratas corruptos, una otra impostura: las demandas salariales, catalogadas con indudable ceguera como puramente salarialistas, es decir, contrapuestas a la política revolucionaria, deben ser abandonadas, esto porque, se sostiene, la presente etapa obliga a formular únicamente líneas políticas, siendo la mayor de éstas la defensa incondicional del "proceso democrático" frente a la amenaza del fascismo golpista. Aquí se dan la mano la ignorancia y la mala fe. Nadie ignora que las masas no actúan bajo el hechizo de las bondades del socialismo u otro planteamiento de este tipo, ellas se mueven impulsadas por sus modestísimas demandas y necesidades inmediatas, que tienen directa relación con las condiciones de vida y de trabajo.

Son demandas de mejoras de salarios, pero no estrechamente salarialistas porque desde el primer momento rompen el economismo al proyectarse hacia su generalización, a convertirse en consigna movilizadora de toda la clase y de la misma nación oprimida, desde este momento la demanda económica se trueca en una inconfundiblemente política, porque sirve de basamento a la lucha de clase contra clase, es decir, a la política revolucionaria. Cuando las organizaciones sindicales se marginan de la necesaria lucha por el mejoramiento material de sus afiliados pierden su razón de ser y corren el riesgo de ya no timonear las verdaderas inquietudes de los explotados. El economismo —es esto lo repudiable y no la formulación de demandas salariales— consiste en limitar la lucha de los sindicatos a las acciones atomizadas de los trabajadores. Sin embargo, cuando se generalizan los planteamientos el economismo es reemplazado por la política revolucionaria, en este caso la demanda de mejores salarios —con argucias absurdas se combate el salario mínimo vital por la sencilla razón de que molesta al oficialismo— es estrictamente política porque la lucha de clase contra clase coloca en el centro de la disputa al Estado que emerge de la burguesía organizada políticamente, expresión de los intereses generales de la clase dominante. Es por esto que la lucha política puede obligar a la nación oprimida encabezada por el proletariado a tomar el poder. La verdad es que la burocracia, recurriendo a argumentos vacíos de contenido, ha querido dejar tranquilo al gobierno en medio de una desesperante situación de miseria. Siguiendo senderos contrapuestos, el FMI y la burocracia cobista llegan a la misma conclusión: no deben exigirse ni concederse aumentos salariales, los argumentos que se utilizan para justificar el despropósito antiobrero y antipopular importan poco.

Seguramente los elementos sindicales más avisados han pretendido encubrir con ropaje revolucionario sus proyectos pro-oficialistas y totalmente contrarios a los intereses de la mayoría nacional y de la misma COB. Si a los sindicatos se los vacía de su contenido esencial, que es la lucha por las demandas inmediatas, los planteamientos estrecha-

mente políticos, en el peor sentido de la palabra, desembocan indefectiblemente en la politiquería. El secreto de la lucha política (política revolucionaria) radica en que las exigencias se truecan, en el propio desarrollo de los acontecimientos, de parciales en generales. La demanda política químicamente pura (que no por ser tal define la política revolucionaria, cuyo verdadero basamento es la generalización con referencia a las masas) lanzada desde arriba, sin conexión con las necesidades de los explotados, con su experiencia, con las ideas que ya se mueven en su subconciencia pero que no atinan a exteriorizarse, no es expresión de la clase, no es el punto en el que chocan explotados y explotadores, sino que forma parte del menudo enfrentamiento que libran entre sí los diferentes grupos y camarillas de la clase dominante alrededor del poder o de privilegios menores. Esto se llama politiquería y los burócratas sindicales quedan indefectiblemente atrapados en ella porque no tienen el tino ni la capacidad para elevarse a la condición de caudillos revolucionarios o porque cuando habiéndolo sido concluyen siendo arrasados por la burguesía a sus propias trincheras. La pretendida lucha puramente política ha estado colocada, en el último tiempo, al servicio incondicional del gobierno udepista y esto basta para descalificarla. El problema, como se comprende fácilmente, no radica en que los planteamientos sean salariales o estrictamente políticos desde su comienzo, sino en que puedan o no llevar a la clase obrera a enfrentarse con la clase burguesa.

La burocracia, ese grupo de dirigentes que se ha liberado del control de sus mandantes para servir mejor al enemigo de clase, está muy lejos de ser homogénea, contrariamente muestra fisuras y rivalidades alrededor de posiciones partidistas y de intereses económicos. Este tumor maligno como tal sirve obsecuentemente al régimen actual, en este aspecto, que es el que cuenta en definitiva, todos los burócratas son iguales, pero llegan a él siguiendo senderos diversos, partiendo, a veces de planteamientos contrapuestos. Por esto mismo, los numerosos burócratas pueden avanzar hasta posiciones de diverso nivel bajo la

presión de las masas radicalizadas. En la actualidad, se tiene la impresión de que los altos dirigentes sindicales adoptan posiciones divergentes entre sí aunque todos son nivelados al enfrentarse con el poder burgués.

El equipo lechinista, que actúa como timonel de toda la burocracia, explana una curiosa "teoría" destinada a justificar su inconducta: dice que no es udepista, pero que defiende la democracia. Cuando el concepto de democracia sale de los textos de estudio necesariamente tiene que encarnarse en determinado gobierno o partido político. Entendámonos, entre nosotros se habla de una supuesta democracia votada por el electorado, por el "pueblo", soberano en tres elecciones sucesivas (1978-1980); la vencedora, cuyo programa fue presentado por propios y extraños como el paradigma del ideal democrático, accedió al poder a fines de 1982, habiendo llegado hasta esta altura como la encarnación de todo este planteamiento. En Bolivia, el proceso democrático, que sólo puede concebirse en relación con partidos y gobierno, se identifica con la UDP en el poder, no hay otro. Todas las disposiciones legales o no, que son defendidas e impugnadas como democráticas o antidemocráticas, son las que dicta, las que desconoce o las que pisotea el doctor Siles. Al margen de esta realidad no flotan más que generalidades que no afectan a la política viviente.

Lo que hace y dice el lechinismo está referido, de manera invariable al gobierno actual. Está en lo cierto cuando subraya que no tiene interés en derribarlo, pues uno de sus objetivos centrales es el de colarse en él, materializar el famoso co-gobierno, integrar el gabinete, etc. La mayor de las creaciones de este equipo es el llamado "plan económico de emergencia", destinado, precisamente, a ser ejecutado por Siles y su equipo. En la práctica, desde octubre de 1982 ha venido defendiendo y cuidando la estabilidad del gobierno udepista, esto aunque en teoría se niegue tal realidad.

Lechín y sus pocos seguidores no son ciertamente udepistas, pero son nacionalistas antimarxistas; viven oscilando entre las posiciones extremas del movimiento obrero

y las que son propias de la burguesía. No son udepistas, pero se identifican con la UDP. Ya hemos dicho con anterioridad que el PRIN no es más que un MNR vergonzante. La suerte del movimientismo putrefacto y decadente es la suerte del lechinismo. No concibe ninguna fórmula gubernamental "democrática" que pueda sustituir a la udepista.

Uno de los sectores de burócratas más claramente definido es el conformado por los militantes del PCB, que ya en este partido constituyen la estratificada y bien pagada capa dirigente. El PCB conforma la UDP por considerar que se trata de un frente político que corresponde, por su programa democrático, a la etapa burguesa de la revolución, llamada a asegurar un largo desarrollo capitalista con todas sus emergencias. Es más udepista que todos los udepistas juntos porque se realiza como partido en el seno de este frente de diversas clases sociales conformado bajo la dirección de la burguesía nativa. Para él, profundizar el "proceso democrático", ni duda cabe encarnado en el gobierno Siles, importa consolidar a éste, y lograr de que goce de un amplio apoyo popular, por que cree que constituye la finalidad última en la presente etapa de lucha.

Estas razones principistas explican por qué los altos dirigentes sindicales pecistas actúan en el seno del movimiento obrero, como perros cancerberos que defienden, utilizando todos los recursos, incluyendo los más indignos, a "su" gobierno, que lo consideran el gobierno de todo el pueblo boliviano. Si la burocracia en su conjunto es la quinta columna de la burguesía metida en las filas sindicales, los pecistas se distinguen porque directamente llevan y exponen las órdenes emanadas del Palacio Quemado. Matices de táctica obligan, a veces, a enfrentarse a lechinistas, pecistas e "independientes". Para decir de una manera breve: para el equipo sindical del PCB, el que en mayor medida ha logrado expandir sus tentáculos, se trata de consolidar y defender de manera directa y franca al gobierno de Siles. Los lechinistas también llegan a esta misma conclusión, pero lo hacen siguiendo caminos ex-

traviados y con argumentos retorcidos que buscan encubrir su verdadero pensamiento.

Hay también una capa de burócratas independientes, escurridizos e informes como todos los asexuados y que viven de las exudaciones de lechinistas y pecistas y de algunas granjerías que pueden capturar en la propia COB, pues no cesan de oscilar entre estos dos polos de mayor atracción. En las deliberaciones congresales y en los frecuentes ampliados, adoptan un estudiado airecillo de independencia, de sacrificado apego al santo de su mayor devoción que es el "proceso democrático", pero todo es puro espejismo. Eso de que actúan por encima de los partidos no es más que un lugar común: se limitan a expresar en medio de nebulosas las directivas palaciegas. Qué triste destino el de estos lacayos: son ya palaciegos sin todavía haber pisado las graderías del Palacio de Gobierno, esto debido a su inconfundible chatura y a su vil servilismo, que es despreciable para todos, inclusive para el silismo. Apuntalan al gobierno de la UDP para que no se caiga, no por defender algunos principios o por apego a la democracia, sino por vocación lacayuna que grita ser pagada con algunos mendrugos, lo que ciertamente logran siguiendo a los colosos de la burocracia e inclusive capturando algunas menudencias en la propia COB. Unos y otros gratifican su sucio trabajo con algunos cargos de dirección. Están hinchados de ambición: aunque ahora vegetan en el regazo de los grandes, esperan que en el futuro, cuando los "oficialistas" caigan triturados, les caiga toda la torta en las manos. Esto es sumamente improbable y si sucediese, los "independientes" no tardarían en entregar a los sindicatos maniatados al oficialismo.

Capítulo II EL FALSO DILEMA

1. El argumento en sentido de que estamos fatalmente atrapados en el dilema "democracia o fascismo", "el civil Siles o un general golpista", es prácticamente utilizado por la clase dominante en su conjunto inclusive por algunos

sectores inconfundiblemente fascistas como la derecha empresarial, ADN, FSB, etc., claro que cada uno condimenta el plato a su modo y da su propia interpretación pero todos compiten en su afán de sacar tajada bajo el manto sagrado de la "democracia".

Es explicable que la gente de extrema derecha en sus múltiples expresiones no quiera darse cuenta que la verdadera alternativa de poder en la actualidad es la propia nación oprimida acaudillada por la clase obrera. La burguesía que está en el poder y algunas de las organizaciones políticas ubicadas en la oposición, tienen plena conciencia que la amenaza para ellas viene de la izquierda, del campo de los explotados, como se descubre por la sistemática y bien planificada propaganda contra lo que sería el gobierno de los obreros y campesinos.

El personaje revolucionario llamado a sustituir a la inepta UDP y al burgués derechista Siles, especialista en imponer políticas antinacionales y antipopulares, está presente en el escenario, incorporándose serenamente y siempre más y más temible. Para la extrema derecha más que una realidad es una sombra, pues considera que el actual gobierno udepista es ya el comunismo. Esta curiosa postura está amasada con la enorme ansiedad insatisfecha que no atina a explicarse por qué el gobierno norteamericano no acaba rápidamente con el gobierno Siles y le transfiere a ella el poder. Para el imperialismo la política forma parte inseparable de sus negocios y en alguna forma está más allá de las simples afinidades ideológicas. Precisa un gobierno con posibilidades de controlar a las masas y hacerlas trabajar, de viabilizar sus planes, de combatir con eficacia al narcotráfico, etc. Una dictadura militar fascista como instrumento para estos objetivos importaría un costo social muy elevado, sería un gobierno caro y probablemente ineficaz; por esto busca fórmulas "democráticas". Si no propicia un golpe es porque no encuentra al caudillo militar capaz de ejecutar satisfactoriamente sus instrucciones; pese a todo, Siles sigue siendo el más dócil y manejable dentro del amplio espectro nacionalista. Si no hay golpe es porque la embajada norteamericana no encuentra un

reemplazante al líder udepista. Siles se ha abandonado completamente en brazos de los Estados Unidos y ha dado las espaldas a medias a la socialdemocracia europea: su política económica, que cobra primacía en este momento de aguda crisis económica, ha sido íntegramente dictada por el FMI y se desarrolla bajo la mirada vigilante de este organismo.

No nos engañemos, seguirá funcionando el cuentagotas norteamericano mientras Siles pueda prestar algún servicio en definitiva no es un gobierno caro. En esta medida la derecha, que va desde Paz Estenssoro hasta algún general ambicioso, pasando por ADN, permanece inmovilizada, no puede satisfacer su deseo de llegar a Palacio porque el amo no da la luz verde. Sin embargo, no bien los yanquis encuentren un nombre y una fórmula más viable que el gobierno de la UDP, jugarán a estas cartas, importando poco que sea por la vía electoral o bien por la golpista.

La burocracia sindical, incluyendo a la pecista se declaran partidarias furiosas de la liberación nacional, que en lenguaje correcto significa expulsión de las empresas del capital financiero y de las misiones gubernamentales de los EEUU. El caballito de batalla no quiere decir que siempre se convierta en norma gubernamental. Si los altos dirigentes sindicales satisficiesen su más caro deseo de formar parte del gabinete silista no tardarían ni doce horas en ponerse a disposición del FMI y del imperialismo esto porque tampoco tienen capacidad de clase (son agentes de la burguesía y extraños al proletariado) para ajustar debidamente la estructura económica de la sociedad y se verían obligados a recurrir, como sucede ahora, a medidas puramente monetaristas, a maniobrar en el mundo de la superestructura.

El falso dilema "democracia-fascismo", falso porque la política se encamina a encontrar su superación en la revolución proletaria, expresa de manera concentrada la posición ideológica, de clase, de los diversos protagonistas.

La emergencia más importante de este planteamiento consiste en que los "demócratas" consideran que no es un problema de clase, es decir, no se trataría de la caducidad

de la burguesía, lo que no obligaría a plantear su sustitución en el poder por la clase social revolucionaria, precisamente. Para ellos todo se reduce al enfrentamiento entre capas de la misma clase, más concretamente entre la burguesía democratizante y la totalitaria fascista. ¿Y el papel de los explotados en este pleito interburgués? Se les obliga a apoyar a los democratizantes y a combatir a los fascistas, tras el objetivo estratégico de lograr el desarrollo del capitalismo y de la consiguiente democracia formal. Sería otra cosa que los obreros y los campesinos se vean obligados a apoyar tácticamente a los burgueses democratizantes y vayan contra los fascistas buscando acortar el camino que les lleve al poder. Hay que dejar establecido con absoluta nitidez que esta variante que se les antoja aventurerismo, no plantea ninguno de los "izquierdistas" enfeudados a los empresarios, tampoco la burocracia sindical. La conclusión: la clase obrera no habría madurado aún para formular su propia estrategia, sus propios objetivos. No puede ser gobierno. lo más que puede hacer es apoyar desde la izquierda al gobierno de la clase dominante, lo que le obliga a perder su fisonomía.

Los que creen que Bolivia todavía se desarrollará en el cuadro capitalista y éstos son todos los democratizantes, no pueden menos que plantearse la cuestión de las relaciones entre la metrópoli y la semicolonía, en otras palabras, la liberación nacional. Para el proletariado la liberación nacional significa la expulsión de las empresas del capital financiero y que el Estado recupere su soberanía. La burguesía, importando poco sus matices, está vivamente interesada en el desarrollo del país con la ayuda imperialista con su cooperación "altruista" y "democrática". Los ministros udepistas nos han acostumbrado a la propaganda en sentido de que los gobiernos foráneos y la banca internacional están dispuestos a sacrificarse para salvarnos de la caída. Claro que la verdad es otra: la deuda internacional, que es tratada con una mentalidad usurera, prácticamente ya nos está estrangulando. La mayoría nacional nunca, ni antes ni ahora, ha sido consultada para la contratación de los astronómicos empréstitos, pero se le obliga

a soportar esa pesadísima carga. La "izquierda" no discute su desconocimiento, que así debería ser si se considera que la burguesía (tanto los gobiernos dictatorial-militares como los popular-democráticos) usurpó abusivamente el nombre de Bolivia. Bueno, el impulso revolucionario de nuestros izquierdistas no llega hasta tanto; ellos se limitan a disputarse entre sí una receta que puede ser tragable, en ciertas circunstancias, para los dueños del poder y de la economía: la moratoria temporal, que de ninguna manera significa desconocimiento y si el amontonamiento de la deuda para que la pague el tonto que vendrá después. Ninguna consigna es tan demagógica como ésta. Ha surgido un pequeño obstáculo: una manifestación de harapientos bolivianos no tiene ninguna posibilidad, salvo el caso de que proceda a la estatización de la banca internacional, de imponer a los bancos a conformarse con el no pago de intereses y amortización de los capitales prestados.

Seguimos dentro del ordenamiento impuesto por la burguesía y una de cuyas reglas fundamentales es, precisamente, el entendimiento entre los que proporcionan el dinero y los que reciben. Las decisiones unilaterales tienen necesariamente que romper todo este esquema, lo que supone adoptar medidas revolucionarias. La moratoria no funciona democráticamente.

2. Hay que reconocer que la mayoría boliviana ha sido engatuzada por la propaganda democrática. El hombre de la calle cuando es convencido de que debe defender incondicionalmente la democracia está pensando en un estado de cosas muy diferente al que impera en la realidad.

Se le ha hecho creer que la democracia que defiende, a cuyo nombre sufre tanta miseria, es "su" democracia, que está en sus manos el decidir su destino y que nada tiene que ver con el gobierno de la UDP. Los propagandistas más sutiles dicen que las masas defienden una particular democracia, que es diferente a la formal, la democracia de masas, según sostuvo en alguna oportunidad el PCB.

Habría pues una democracia —que, sin embargo, sigue

siendo una forma de gobierno— extraña a la burguesía y colindante con el socialismo, si no es ya éste. El contrasentido: la "democracia", aunque encarnada en el gobierno Siles, sería totalmente diferente de éste. La experiencia nos enseña que los trabajadores, atolondrados por la propaganda democratizante, siempre han acabado defendiendo al actual gobierno y renunciando a sus demandas. Para que la mayoría nacional defina el curso de la supuesta "democracia de masas" sería preciso que antes sea gobierno o participe decisivamente en el seno de éste.

El malabarismo de las palabras ha dado algunos resultados prácticos: los explotados se han visto obligados a atenuar la lucha de clases, a actuar como si la burguesía fuese todavía progresista o revolucionaria; ellos mismos dejaron de creer en su propia estrategia y casi voluntariamente se disolvieron en medio de la masa democratizante. El espacio se llenó de malos entendidos, de ideas francamente reaccionarias, presentadas como si fueran la expresión de los intereses de las mayorías.

Con manifiesta mala fe se confundieron dos extremos. Nadie puede poner en duda que el gobierno nativo debe ser defendido frente a toda agresión foránea, lo que debe aplicarse inclusive tratándose de un régimen derechista. El caso que tratamos, es otro, la UDP marcha llevada de la mano por el Departamento de Estado y el FMI, todo con el beneplácito de aquella. Por otro lado, los que ahora son gobierno se mostraron en el pasado partidarios de la intervención imperialista con miras a imponer un régimen democrático en el país, fueron abiertamente intervencionistas. El rechazo incondicional de la ingerencia de la metrópoli opresora en los problemas internos se impone porque forma parte de la lucha por la liberación nacional, punto capital de los objetivos de la nación oprimida.

Sería absurdo no distinguir las diferencias importantes que existen entre la democracia y el fascismo, suficiente decir que aquella supone la vigencia de las garantías constitucionales que las masas pueden utilizar para organizarse y luchar mejor por sus propios objetivos, esto pese a que democracia y fascismo son dos formas de gobierno del



Estado capitalista. Cuando el gorilismo desencadena su golpe contra el gobierno llamado democrático y a través de éste en verdad contra las masas que avanzan hacia el poder, cuando estallan los típicos cuartelazos preventivos, los explotados y el partido revolucionario tienen que adoptar una posición clara frente a ellos. Están obligados a rechazar a los golpistas mediante la acción directa y con las armas en la mano, llegado el caso. Esta actitud que es obligatoria puede colocar a los revolucionarios y a los trabajadores en la misma trincherera y junto al gobierno burgués. La lucha contra el golpismo no significa que el partido revolucionario se identifique con el oficialismo o que defienda su política, su programa. Sigue luchando por llegar al poder junto a las masas, pero ahora siguiendo un camino indirecto. En los hechos, los democratizantes del más diferente matiz confunden la lucha contra el golpismo con el apoyo, a veces incondicional, y la identificación con el régimen de la clase dominante, en esta medida capitulan ante la burguesía.

3. La estrategia de la burguesía democratizante y de sus sirvientes de "izquierda", que, a su vez, evitaría —dicen— que se imponga el golpismo gorila, consiste en lo que ha venido a llamarse "profundización del proceso democrático". Las palancas que pueden permitir que se alcance dicho objetivo no son otras que la disciplina social y una mayor productividad de los obreros. Ya hemos indicado que por este camino se busca lograr el desarrollo capitalista con todas sus emergencias. Ni duda cabe que para la burguesía nativa se trata de una natural búsqueda, que puede permitirle ser más rica y poderosa. La burocracia sindical está también alineada dentro de esta línea: evita las huelgas, desmoviliza a las masas y agota todos los medios para sacar a las empresas estatales de su actual bancarrota, para obligar a los obreros a trabajar más y a pedir menos.

El planteamiento del frente burguesía, "izquierda" rechazada y burocracia sindical solamente ha podido dar resultados satisfactorios por muy breve tiempo (la UDP está en el poder veinte meses), pues casi inmediata-

mente ha chocado con los intereses de la mayoría del país que se ha visto obligada a colocar en primer plano el logro de mejores remuneraciones que le permitan no morir de hambre. Desde este momento el programa de profundización del proceso democrático ya no ha funcionado y ha quedado reducido a la condición de simple slogan propagandístico.

Si nos esforzamos por descubrir la verdadera esencia de la política de la burguesía y de quienes la siguen, tenemos que concluir que profundizar el proceso democrático quiere decir lograr que un régimen social dé de sí todo lo que puede dar (supone que no está agotado y que no abandonará el escenario). Partiendo de la realidad boliviana se tiene que concluir que esto significa que la clase dominante puede revolucionar la estructura económica del país. Este es el punto central de todo el pleito. La burguesía ha caducado totalmente para poder motorizar el desarrollo de las fuerzas productivas y así el planteamiento se torna utópico. A nadie se le ocurrirá que el gran desarrollo de la democracia se limita a lograr que las cámaras legislativas se reúnan cumplidamente.

La estrategia de la burguesía, como no podía ser de otra manera, no tiene nada de común con los intereses históricos de la clase obrera. El pleno florecimiento del capitalismo no puede menos que partir de la explotación del proletariado, esto cuando en el mundo moderno el ritmo de trabajo se acelera de manera alarmante, como consecuencia del desarrollo de la tecnología, y cuando los trabajadores pugnan porque se efectivice la jornada de trabajo de 36 y 35 horas semanales. Marchando contra las tendencias que dominan en el mundo, en Bolivia la burguesía indígena pretende servir mejor a la metrópoli opresora —no servirse ella— superexplotando a la clase obrera. Se busca apuntalar a un régimen tambaleante, no desarrollar el capitalismo, obligando a los obreros a trabajar más rápido y con salarios de hambre. El auge de la gran minería estuvo acompañado por elevadas remuneraciones. La acentuación de la miseria, que se traduce en la destrucción de la fuerza de trabajo, no puede constituir el basamento del floreci-

miento de la sociedad sino, por el contrario se convierte en el índice de su total postración. Sobre este débil crecimiento no puede estructurarse una forma gubernamental democrática.

4. El dilema "democracia-fascismo" ha sufrido una profunda transformación desde que fue enunciado, en medio del beneplácito en general, en octubre de 1982 y no podía ser de otro modo. La evolución de la conciencia de las masas constituye el factor decisivo para esa transformación. Nuevamente comprobamos que éstas, incentivadas por la agravación de la miseria y guiadas principalmente por su instinto, se encaminan apresuradamente hacia el reencuentro con su eje revolucionario, esto mientras las tradicionales direcciones "izquierdistas" y los burócratas sindicales independientes, patean atrapados en las redes tendidas por la burguesía y esto de manera definitiva. No es el caso de que la clase obrera se trocó en su contraria, sino de que las direcciones cambiaron de contenido de clase, un fenómeno que siempre es definitivo como enseña la historia.

Cuando la nación oprimida se identificó como consecuencia del proceso electoral y de las luchas posteriores, con la UDP en el poder, cuando la consideró su propio gobierno, la tarea prioritaria del momento no podía ser otra que la defensa intransigente del nuevo gobierno frente a toda amenaza, sobre todo a la que podía venir desde las trincheras del gorilismo, que nunca fue destruido y que permanece agazapado en las fuerzas armadas, esto como consecuencia de la ineptitud del régimen silista. Los explotados consideraban que ningún sacrificio era suficiente cuando se trataba de defender la democracia. La clase obrera estaba segura que la democracia era la misma cosa que sus aspiraciones clasistas y comenzó a atribuirle atributos que no tiene. El silismo cometió un error táctico al no haber impuesto entonces el cogobierno UDP-dirección de la COB, que fácilmente se habría convertido en una ilusión sustitutiva del gobierno obrero-campesino y en esta medida habría podido desorientar y adormecer a la mayoría nacional por mucho tiempo

Si el proletariado y sus aliados no enarbolan sus propios objetivos, su propia política, sólo puede plantearse una única alternativa, desde el punto de vista de los explotados, la defensa de un gobierno democrático tolerante que promete ser progresista, aunque sea burgués. El carácter regresivo de un golpe fascista se presenta con toda nitidez. Cuando las masas se encuentran alineadas detrás del gobierno burgués, su debilitamiento su caída, sólo puede abrir posibilidades a la extrema derecha burguesa, una alternativa de izquierda está prácticamente cerrada. Durante el breve período de identificación del régimen Siles con la nación oprimida resultaba válida la alternativa "democracia-fascismo", de la que tanto han abusado y siguen abusando los democratizantes de todo tamaño. Si los explotados estaban dispuestos, pese a todas sus penurias, a vivir la suerte de la burguesía en el poder, es claro que únicamente había espacio para el golpe fascista. La finalidad estratégica de la clase obrera (revolución y dictadura proletarias) únicamente podía ser planteada en el plano puramente propagandístico una tarea que el partido revolucionario estaba llamado a cumplir.

La emancipación de la mayoría nacional de la influencia ideológica de la burguesía, que se tradujo en el progresivo repudio al gobierno de la UDP, ha modificado sustancialmente el panorama político. La arremetida multitudinaria contra un régimen que se esmera en imponer medidas económicas y sociales que se traducen en una siempre mayor miseria, plantea de manera insoslayable, esto incluso teniendo en cuenta que sus protagonistas inicialmente negaron que ese fuera su propósito, la caída del gobierno. La furia popular se volvió consigna cuando demandó airadamente determinadas rectificaciones a la política oficial, cuando emplazó nada menos que al Dr. Siles a que actuase contra el imperialismo. El observador superficial sacó la conclusión de que esa mayoría estaba vivamente interesada en recuperar para sí a la UDP y al mismo Siles, por considerarlos indispensables en su lucha liberadora. El contradictorio planteamiento formaba parte de la evolución de la conciencia de clase; un poco

más tarde aparecerá concretizada cuando desde los lugares de trabajo emergerá potente la sindicación de traición a los dueños del poder. Lo que se olvidó fue que desde las primeras manifestaciones de descontento frente al desgo-bierno udepista estuvo presente el instinto de las masas orientado hacia la estructuración del gobierno obrero. A medida que el instinto se fue trocando en conciencia, proceso que está muy lejos de haber concluido, saltó a primer plano el objetivo estratégico (revolución y dicta-dura proletarias) y que inicialmente pareció asustar a la clase revolucionaria, que se esmeró en encubrirlo detrás de los planteamientos más diversos.

La desorientación no ha sido superada cosa que sucederá en el futuro próximo, pues todo el proceso tiende a esa finalidad, y los que protagonizan huelgas, bloqueos de caminos, ocupaciones, mítines amenazadores, dan mueras a Siles y lo sindicán de traidor, no creen impropio concluir que están defendiendo el proceso democrático y no otra cosa.

Es progresista que la mayoría nacional se emancipe de la burguesía en el poder, es decir, de la burguesía democra-tizante que no ha logrado realizarse, pero aparece el as-pecto negativo de esta evolución cuando esa mayoría se encarga de levantar el muro que le impide avanzar hacia adelante al señalar que su objetivo fundamental no es otro que profundizar el proceso democrático, lo que opaca totalmente el objetivo de la conquista del poder por las masas. Es por esto que las acciones de masas son detenidas no bien se constata que socavan temerariamente los ci-mientos del actual gobierno. Una mayor experiencia y sobre todo el acertado trabajo del partido revolucionario que para éste es vital, pueden permitir que se supere esa contradicción y la nación oprimida llegue al convencimiento de que ella es la verdadera alternativa frente al desmoronamiento de la UDP en el gobierno.

5. La atrevida actitud de la burocracia cobista, llena de osadía e ignorancia ha venido sindicando hasta ahora de desestabilizadores del orden democrático de golpistas etc., a toda organización laboral, popular o a los indivi-

duos que se atrevían a criticar al silismo, a plantear demandas salariales atrevidas o a recurrir a la acción directa en sus múltiples formas. Entonces nos hizo saber que su método —novísimo, por cierto— consistía en el diálogo y no en el uso de la fuerza.

Nunca como en esta ocasión a nadie se le midió en la misma vara que utilizó en su papel de perdonavidas. El gobierno, la prensa, que no pocas veces elogió la sensatez de los lechinistas al alinearse junto a la burguesía esa opinión pública fabricada por la clase dominante, arrojaron un diluvio de acusaciones sobre la cabeza de la burocracia cuando ésta tuvo el atrevimiento de ir a la huelga ocupar instalaciones estatales, etc, en sentido de que estaba desestabilizando el sagrado proceso democrático y que afanosamente allanaba el camino al golpismo. Eso le costó a la alta dirección sindical el haber perdido la cabeza ante la poderosa presión de los trabajadores de base. El terrorismo de los burócratas tiene como límite la urgencia que se plantean de concluir un acuerdo con el gobierno. Ellos únicamente quieren el cambio de algunos personajes como ministros y que Silés ejecute el plan de emergencia. Sería incorrecto concluir que, acaso sin darse cuenta, están traduciendo el sentido que tiene el empuje elemental de las masas; aún con sus poses extremistas buscan que no se caiga Silés. Los burócratas no quieren el poder, lo que buscan es convertirse en ministros de Estado.

En resumen: el falso dilema "democracia-fascismo" es un serio obstáculo en el camino de liberación de los explotados; éstos tienen que comprender que los burgueses-demócratas no se trocarán en socialistas y que el aparato estatal está llamado a ser destrozado por la revolución a fin de que sea sustituido por el Estado Obrero.

Capítulo III LA IMPOSTURA DE LA DEMOCRACIA

1. Si la consigna de "defensa del proceso democrático" no ha sido más que una trampa tendida por el gobierno udepista y por sus sirvientes de "izquierda", para inmovilizar

a la mayoría nacional, para obligarle a soportar toda especie de sacrificios, la misma "democracia" en Bolivia es una descomunal impostura y lo ha sido siempre a lo largo de nuestra historia. Inmediatamente se responderá con la consabida artimaña de que es preciso defender las garantías democráticas o constitucionales contra el fascismo, etc. Se trata de una cosa más concreta: no ha existido, no existe, ni existirá democracia en nuestro país. Los burócratas sindicales y los asalariados del oficialismo se apresurarán en argumentar en sentido de que esta es una forma de favorecer al golpismo. Esta acusación absurda no merece ser discutida. En general, uno puede reconocer que la democracia es mejor que el fascismo, que es mejor vivir en un ambiente de garantías democráticas y no de terror policial, etc. Por encima de estas consideraciones y de otras similares que pueden hacerse, urge preguntarse si en un determinado país existe o no la democracia. Esta es la cuestión que nos interesa para evitar que las declamaciones democratizantes no se transformen en vulgares desplantes demagógicos.

La democracia tiene tres aspectos y el conjunto de éstos conforma lo que viene llamándose "proceso democrático". Unos son más importantes que los otros y constituye una manifiesta arbitrariedad tomar a uno de ellos como si fuera el fenómeno en su integridad.

2. La democracia, en su acepción más amplia e importante, constituye todo un proceso en el que se cumplen las tareas burguesas y de esta manera se sientan las premisas materiales para el desarrollo vigoroso y pleno del capitalismo. ¿Será preciso recordar que la democracia es una de las conquistas logradas por la burguesía revolucionaria, cuando impulsó poderosamente el desarrollo de las fuerzas productivas? Ocupa todo un período histórico y en cierto momento el capitalismo decadente saca de sus entrañas la negación de la conquista: el fascismo que es nada menos que la barbarie encarnada en la burguesía en desintegración.

El cumplimiento de las tareas democráticas o sea la profunda transformación de la sociedad en sus mismos cimien-

tos, importa que todas las formaciones económico-sociales precapitalistas son expulsadas de todos los rincones, esto para hacer posible el florecimiento del capitalismo, que tiene que darse como realidad antes de que la voluntad popular pueda exteriorizarse adecuadamente a través del voto libre.

La democracia como totalidad, como proceso, como algo viviente en el seno de la sociedad no puede darse flotando en el aire, sino que tiene que asentarse en la materialidad del grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y no en los esquemas y planes que pudiesen ser ideados por los profesionales de la política; éstos lo más que pueden hacer es interpretar esa materialidad. Cuando nos preguntamos si existe o no el proceso de cumplimiento de las tareas demo-burguesas (desarrollo de las fuerzas productivas), estamos preguntando si se echan o no las bases para que luego la democracia pueda fructificar. La pregunta es esencial y debe ser respondida por todos los democratizantes. ¿De qué democracia nos hablan? ¿De alguna formalidad legal, de tal o cual disposición jurídica, etc.? Hay que decir con toda claridad y a fin de evitar que siga estrangulándonos mentalmente la demagogia, que una Bolivia democrática sería aquella profundamente transformada, al extremo de que pueda permitir un vigoroso desarrollo capitalista.

Si tomamos el término democracia en esta su acepción, es claro que no existe en Bolivia. No hay nada que defender y nada que profundizar si se trata del cumplimiento de las tareas democráticas. No estamos esgrimiendo un argumento de última hora, sino que tomamos una realidad que está presente ante nosotros y el rasgo diferencial de todo el desarrollo histórico boliviano. No nos guía un criterio maniqueísta y no estamos diciendo si hubiera sido mejor o peor que Bolivia hubiese podido estructurarse como una recomendable democracia. Nos corresponde simplemente constatar si se da o no el desarrollo democrático, para luego ajustar nuestra política a esta realidad.

¿Por qué los políticos burgueses y los "izquierdistas" y burócratas sindicales que los siguen dicen que hay pro-

ceso democrático que urge defender? En el mejor de los casos hablan de sus buenos deseos, de sus aspiraciones. No pocos invocan el tan publicitado y manoseado proceso para satisfacer, bajo este pretexto, inconfesables ambiciones. Pero, en ningún caso se ha dado una explicación satisfactoria.

En su momento hemos señalado que existe una causa estructural que impide una prometedor implantación de la democracia formal y que no es otra que el poco desarrollo del capitalismo, sinónimo de atraso; de una excesiva pobreza que se traduce en la superagudizada lucha de clases; de la ausencia de una clase media enriquecida, que en todas partes funciona como colchón de los antagonismos clasistas y como pivote fundamental del parlamentarismo. El atraso del país, causa de la ausencia de la democracia, ha generado el caudillismo y localismo políticos que dominan toda nuestra historia. ¿Han respondido algo nuestros opositores a esta argumentación? Absolutamente nada, se limitan a cantar himnos a las bondades celestiales de la democracia.

Según nuestro planteamiento, el atraso de Bolivia y su tardía incorporación a la economía mundial, cuya consecuencia es el capitalismo rezagado bajo la forma de economía combinada, han ocasionado la ausencia de una burguesía revolucionaria capaz de impulsar la transformación capitalista y, por tanto, de la democracia formal. Esto que se ha dicho interpretando las realidades del siglo XIX y de comienzos del presente, es mucho más válido para la realidad que vivimos. No se puede dudar que muchos caudillos políticos y gobernantes desearon estructurar una sociedad democrática, como se constata, por ejemplo, por la lectura de algunas de las muchas constituciones adoptadas, pero es evidente que han estado ausentes las condiciones para convertir en realidades esos deseos.

3. La democracia es una forma de gobierno del Estado capitalista, la forma que mejor correspondió al desarrollo capitalista en su período de ascenso. Los líderes del liberalismo criollo se inspiraron en Montesquieu (1689-1755) y aprendieron a recitar pasajes de "El espíritu de las le-

yes'', que desarrolla las teorías del materialista Juan Locke y seguidor de las ideas de F. Bacon y de Hobbes, sobre la separación de los poderes del Estado. Sostiene que solamente la monarquía constitucional (gobierno burgués) garantiza la libertad individual, pues permite el equilibrio de los poderes estatales. Los doctores recitaron las constituciones norteamericana y francesa, pero no lograron traducirlas en instituciones, porque éstas sólo pueden existir sustentadas por una adecuada base económica. La democracia se convirtió en proclama, a veces conspirativa y golpista, pero no alcanzó a ser realidad, ni siquiera como elitista que marginaba de sus alcances a la mayoría campesina de la población.

La democracia no conjuga con un Ejecutivo todopoderoso que siempre concluye monopolizando en sus manos la atribuciones de los otros poderes, en este caso nos encontramos frente a una dictadura, que es lo que sucede con el presidente Siles. El poder Ejecutivo udepista no es responsable ante nadie, porque los recursos parlamentarios al respecto en ningún momento han logrado la modificación de su política y menos el cambio del equipo ministerial después de la concebida "censura". Por otro lado, concentra atribuciones propias de los otros poderes del Estado, como se comprueba todos los días cuando dicta disposiciones de orden económico y otras que corresponden con propiedad al Legislativo. El amo indiscutido es Siles y se mueve sin control alguno. Por esto decimos que vivimos no bajo un gobierno democrático, sino de uno dictatorial de mano blanda, que actualmente está haciendo esfuerzos desesperados para endurecerse. Dándonos la razón, el gobierno no recurre a las cámaras legislativas para resolver los problemas emergentes de la actual crisis económica, sino a los gases, a las ocupaciones policiales, a los palos, etc. Constatamos cotidianamente que está ausente un vigoroso parlamento que legisle y controle al poder Ejecutivo, esta ausencia determina que también esté ausente la democracia.

El constante y vigoroso control del Legislativo sobre la política del Poder Ejecutivo, es parte vital en una democra-

cia. En los momentos más propicios de la historia política del país se ha intentado, cierto que infructuosamente, subordinar al todopoderoso presidente de la República al control parlamentario, preocupación central de una democracia que no atinaba a implantarse. Se puede decir que esa historia transcurre en medio del choque entre el Ejecutivo con facultades extraordinarias y una minoría opositora del Legislativo que pretende controlarlo. No pocas veces la oposición se limita a exigir la aplicación irrestricta de las a veces generosas disposiciones constitucionales acerca de las atribuciones legislativas. Como no podía ser de otra manera, la primera víctima de las tremendas dificultades para el normal funcionamiento de las instituciones democráticas fue siempre la propia constitución, amarga experiencia para los liberales de todos los tiempos y que hizo exclamar a Saavedra: "una Constitución Política no valía más que el tiempo que se gastara en redactarla y no tenía más eficacia que la que quisiera darle el gobernante".

Nada más ilustrativo de la impotencia de las oscilaciones alrededor del propósito de efectivizar la democracia, que las vicisitudes sufridas por las propias constituciones.

La bolivariana, considerada por su autor como una criatura democrática casi perfecta, se empeñaba en crear un ambiente de estabilidad política alrededor de un Ejecutivo poderoso y de un presidente vitalicio de la república sin responsabilidad alguna. La de 1831, que puede considerarse el punto de arranque de las tendencias acentuadamente democráticas, siguiendo el ejemplo de la constitución de los EEUU, redujo el período constitucional a cuatro años y determinó que el presidente era responsable de sus actos como director de la política y la jefatura de la administración nacional. Sin embargo, se le concedió la importantísima atribución de "disolver las cámaras constitucionales con dictamen afirmativo del Consejo de Estado y de la Corte Suprema reunidos, cuando manifiesta e indudablemente salgan de los límites que les prescribe esta Constitución". Así quedaba abierta la puerta que conducía a la dictadura. La de 1839, que tantos golpes de Estado

la pusieron en vigencia como prueba de su adhesión a la democracia representativa, restableció el equilibrio de los poderes estatales, al mismo tiempo que abolió la pena de muerte, creó esos importantísimos gobiernos locales que son las municipalidades, reconoció el derecho de petición, etc. Ballivián dictó su "Ordenanza militar", que así se designó a la constitución de 1843 y como tal ingresó a la historia: el período constitucional fue prolongado a ocho años y se le reconoció al Poder Ejecutivo la facultad de disolver las cámaras legislativas; el presidente no era responsable ante nadie por sus actos y estaba consagrado como dictador constitucional. En 1851 se estableció que el Poder Ejecutivo podía investirse de facultades extraordinarias, que resultaron ilimitadas durante la dictadura de Linares: de esta manera el Legislativo quedaba minimizado y subordinado a lo que en verdad es el poder de los poderes, el Ejecutivo, que no por casualidad concentra la capacidad compulsiva del Estado. En 1861 fueron restringidas las facultades extraordinarias: se reconoció a las cámaras legislativas la atribución de averiguar las infracciones a la constitución por parte del Ejecutivo, mediante comisiones encargadas de llenar las diligencias de policía judicial, y con miras al respectivo juicio de responsabilidades. Por primera vez se estableció un severo control del Ejecutivo, que según el presidente Achá impedía gobernar y debilitaba el principio de autoridad, lo que motivó su fallida demanda de mayores facultades para el Ejecutivo y que se conoce con el nombre de "Apelación al pueblo". En esta época apunta atrevidamente la corriente liberal hacia una clara delimitación de funciones de cada uno de los poderes estatales, postulado que en su momento será traicionado desde el poder. A partir de 1878-1880 y hasta la constitución actualmente en vigencia, se reconoce a las cámaras legislativas el derecho de fiscalización e inspección de los actos del Poder Ejecutivo (peticiones de informe, minutas), derecho que puede llegar a la censura a los ministros, buscando la modificación del "procedimiento político". Todo esto está escrito en esos pequeños libritos que son las constituciones, pero la testaruda realidad

lo rechaza de manera invariable. Las instituciones democráticas no funcionan y es esto lo que cuenta.

En 1828 el alzado coronel Armaza sonrió despectivamente cuando un legislador le advirtió que los "soldados deben hablar desde la barra" y desde allí lanzó la brutal advertencia que él, comandante de las tropas armadas, respondía del orden público y de toda la situación creada por el victorioso golpe de Estado contra el presidente general Blanco. En la actualidad la situación es la misma: Siles sonríe despectivamente cuando los parlamentarios opositores pretenden obligarle a renunciar y se muestra molestado toda vez que las minutas de comunicación o las interpelaciones le hacen conquillas: todo se reduce a la pérdida de tiempo, pero por el lado del parlamento no viene la rectificación ni la orientación política. Es tan intrascendente la actividad legislativa que el Vicepresidente de la república, presidente nato del congreso, es decir, cabeza del Legislativo, para poder hacer algo imperecedero, para integrarse en el quehacer político, no ha dubitado en incorporarse a las actividades propias del Ejecutivo, como son las ministeriales, renunciando prácticamente a su tarea de ojo supervisor de los excesos que todos los días comete el Dr. Siles. Existen cámaras legislativas, pero el Ejecutivo no dubita en avasallar la actividad sindical con ayuda de la violencia y el otro poder demuestra carecer de capacidad para contener semejantes atropellos. El único poder que realmente existe en Bolivia es el Ejecutivo, pues el mismo Judicial difícilmente se mueve bajo su poderosa presión. El gran empleador, el gran comprador, el gran corruptor y el gran carcelero están encarnados en el presidente de la república.

Lo anterior demuestra, de manera indiscutible, que la democracia como forma de gobierno está ausente.

4. Las garantías democráticas o constitucionales (teóricamente todos los gobiernos están obligados a garantizarlas) forman parte de un régimen democrático, aunque no lo agotan. Por otro lado, las garantías democráticas no son patrimonio exclusivo de un gobierno democrático, también pueden darse, en favor de los sectores mayoritarios, inclusive en las dictaduras que se asientan en las masas. La dictadura del proletariado efectivizará, por primera vez las ga-

rantías democráticas en favor de la mayoría nacional.

Comprobamos que en nuestro país la vigencia o no de las garantías democráticas está condicionada al grado de movilización y combatividad de las masas. Una prueba de lo que decimos se da en la actualidad: el gobierno udepista busca empeñosamente recurrir a la violencia (virtualmente desconocimiento de las garantías democráticas y sindicales) para imponer su plan económico hambreador, pero no puede materializar sus deseos porque los explotados se encuentran movilizados y en pie de combate y todo avance hacia el totalitarismo dictatorial provoca desproporcionadas reacciones en los elementos sindicalizados.

Otra prueba: las garantías democráticas fueron arrancadas por las masas gradualmente y a viva fuerza a los gobiernos militares dictatoriales. Esas conquistas populares han sido capitalizadas por la UDP, que inicialmente permitió que los sectores populares las usasen en su provecho. Fue entonces que llamamos a Siles dictador de mano blanda, porque permitía protestar, manifestarse, difundir ideas heréticas, etc. Pero, inmediatamente que la acentuación de la miseria obligó a las organizaciones sindicales y a los trabajadores desorganizados a movilizarse, el gobierno "democrático" dio pruebas inequívocas de que consideraba molesto que los del llano usasen en su provecho las garantías democráticas y se orientó rápidamente a reglamentarlas, cercenarlas, todo como en los mejores tiempos de la reacción. Es por esto que ahora decimos que el dictador de mano blanda tiende persistentemente a endurecerse, lo que, a su vez, obligará a los trabajadores a acentuar su lucha.

Una de las reglas de la lucha de clases dice que toda profunda movilización de masas arranca e impone la vigencia de las garantías democráticas, pues al margen de este ambiente no puede existir.

No hay que confundir a un gobierno fascista con otro democrático, esto como punto de partida. Constituye un deber elemental defender las garantías democráticas, por ejemplo, contra los excesos del gobierno Siles; profundizarlas y extenderlas a fin de que efectivamente el grueso

de las masas pueda utilizarlas, todo lo anterior está fuera de discusión y forma parte del programa del partido revolucionario y de la clase obrera.

La posición correcta consiste en utilizar las garantías democráticas e inclusive proyectarse a su ampliación, dentro de la perspectiva de la conquista del poder por la nación oprimida bajo la dirección del proletariado; el clima de libertades democráticas nos interesa porque nos facilita el trabajo de organización, politización y movilización de los explotados. Constituye una grave desviación confundir la defensa de esas garantías democráticas con la defensa del gobierno burgués o con la identificación con éste. Los que adoptan esta última posición concluyen pugnando por permanecer indefinidamente dentro del marco del capitalismo, se vuelven conservadores. Los revolucionarios usamos las garantías y el propio parlamento para hacer la revolución contra la burguesía, incluida la democratizante, y contra el viejo parlamento e instaurar la dictadura del proletariado. Los que reducen la democracia a las garantías democráticas convierten a aquella en una descomunal impostura que es usada para engañar, acallar y encadenar a la mayoría. Es nuestro deber revolucionario poner al desnudo dicha impostura, pues de esta manera trabajamos de manera efectiva en favor de la revolución que será protagonizada por la nación oprimida.

Capítulo IV

LA ALTERNATIVA DE LA REVOLUCION PROLETARIA

1. Nuevamente tenemos que repetir que la revolución proletaria —esto violentando a nuestros opositores— no será limitadamente obrera, ni minoritaria, sino que estará protagonizada por toda la nación oprimida por el imperialismo, es decir, por la mayoría aplastante del país. Dicho de otra manera: serán varias las clases sociales que realicen dicha revolución, a diferencia de lo que puede suceder en una metrópoli altamente desarrollada. Tal revolución multitudinaria será posible únicamente si el proletariado

actúa como dirección política, si es capaz de afirmarse como caudillo nacional y subordinar a la mayoría del país a su propia estrategia. La dirección proletaria de la alianza de clases es esencial para el proceso de transformación y por eso en esta oportunidad no usamos la expresión "gobierno obrero-campesino" como su sinónimo y que tan gráficamente pone de relieve su carácter mayoritario. La dirección proletaria (la clase obrera es minoría privada de la cultura, etc) se impone porque esta clase social es la única revolucionaria (no la única que asume actitudes revolucionarias, sino la única que va hasta el fin en el proceso de transformación), que no tiene nada que defender en la herencia del pasado (precapitalismo) ni en la sociedad presente, porque encarna a las fuerzas productivas y a las tendencias comunistas que ya existen en el actual proceso. Es la única clase que efectivamente puede emancipar al país de la opresión nacional ejercitada por el imperialismo.

Si la masa campesina no se subvierte no será posible que la clase obrera conquiste el poder, que necesariamente avanzará a horcajadas sobre aquella. Por eso en la base de la estrategia revolucionaria se encuentra la alianza obrero-campesina. No se trata de que grupos minoritarios consumen golpes de Estado o cuartelazos, sino de que las masas —de aquí que la evolución política dé éstas se convierte en el fenómeno fundamental—, marchando junto al partido revolucionario, tomen el poder y destruyan al Estado burgués, no únicamente se apoderen de él. Esas masas se organizan en la lucha, casi siempre para defender sus intereses inmediatos, y serán estas organizaciones amplias las que tomen el poder, sobre ellas se levantará el nuevo Estado, la dictadura del proletariado, lo que permitirá que se efectivice el goce de las garantías democráticas en favor de la mayoría. El frente antiimperialista, táctica propia para todo este período, es la respuesta adecuada a la unidad de la nación oprimida bajo la dirección obrera. Así se desbaratarán todas la maniobras frentistas que utiliza la burguesía para someter a su política conservadora a las masas.

2. La dictadura del proletariado estatizará los medios de producción y planificará la economía, lo que supone el desconocimiento de la deuda externa, la expropiación de la banca extranjera y nacional y su sustitución por un poderoso banco estatal, etc. La grasa que se pueda acumular será empleada para impulsar el desarrollo de los sectores fundamentales como la agroindustria y la producción urbana. Se hará un esfuerzo para usar la palanca de la economía mundial (inversiones, empréstitos, comercio internacional estatizado, etc) para lograr el necesario y descomunal salto de las fuerzas productivas. Como se ve, se resolverá de manera imprescindible la superación del atraso, el cumplimiento de las tareas democráticas que se encuentran pendientes, de una manera plena para su transformación en socialistas. Será una revolución combinada (burguesa y socialista, si se quiere), en correspondencia al carácter de nuestra economía. Comenzará necesariamente dentro de las fronteras nacionales y se verá obligada a proyectarse al ámbito internacional, a fin de poder resolver los grandes problemas que plantea la propia revolución.

3. Luchamos por mejores condiciones de vida y de trabajo, por esa modesta reivindicación que es el salario mínimo vital complementado con la escala móvil referida a los precios (defensa de los salarios reales o de su capacidad de compra), seguros de que en la batalla las masas madurarán políticamente y llegarán a la conclusión de que deben ser gobierno en reemplazo de uno que ya no puede poner orden en la sociedad, alimentar a los trabajadores y mucho menos resolver la crisis. Nos parece que lo fundamental es reconocer que esta lucha va precisamente contra el gobierno Siles y que puede caerse como consecuencia de una arremetida multitudinaria, que esa caída no debe darse hacia el lado fascista, sino que el poder debe pasar a la clase obrera actuando como dirección de toda la nación oprimida.

4. No se trata de que inventemos la alternativa, sino de que ésta ha madurado en el propio proceso político, que a esta finalidad conduce la diferenciación política de los explotados de la burguesía, su repudio al actual desgobier-

no burgués. Si no se da la revolución proletaria los basamentos de la sociedad concluirán siendo destruidos. Si los explotados tardan mucho en tomar el poder, como consecuencia de la acción distorsionadora de la burocracia sindical, por ejemplo, se crearán las condiciones favorables para que pueda prosperar un golpe ultraderechista. Cuando las masas, las fuerzas revolucionarias se movilizan y toman posiciones para el combate, la derecha se ve obligada a concentrar sus efectivos, buscando consumir un golpe preventivo o bien defenderse del asalto obrero al poder. Esta es una ley del desarrollo social. Lo que corresponde es no perder la iniciativa (actualmente la tienen las masas) y acelerar el ritmo de movilización. La actitud de apronte de los oprimidos (ocupación de los puntos vitales de las ciudades, minas, agro) puede asegurar la neutralización del golpismo y derrotarlo.

Únicamente la clase obrera puede salvarnos de la barbarie, permitir que la burguesía siga descomponiéndose en el poder importa empujar a la sociedad al descalabro.

5. Hemos dicho que serán las masas (sus organizaciones), juntamente con su partido, las que tomarán el poder. En este problema hay que abandonar todo esquematismo. No podemos elaborar a priori un calendario para que el poder pase de unas organizaciones a otras antes de que pueda darse la dictadura del proletariado. El proceso podría recorrer ese camino si estuvieran en el escenario presentes esos aspirantes al poder. La situación boliviana es excepcional porque los partidos y grupos de izquierda no buscan tomar el poder, sino seguir pegados al gobierno udepista, como sus propagandistas o como sus sirvientes, parece que inclusive ya no aspiran ni siquiera a un modesto ministerio. Sería absurdo que los revolucionarios levanten a esas pilitas para convertirlas en candidatos al poder, esto sería caer en un juego de niños. Emerge como islote solitario el POR, como faro revolucionario, como abanderado de la revolución y dictadura proletarias, es el único partido que ha señalado una alternativa, desde el punto de vista de la mayoría nacional, frente a la caducidad de la UDP. La COB ha dejado de ser soviét y actúa como sindicato, dentro

de estas limitaciones no puede tomar el poder, pueden hacerlo algunos grupos a nombre de ella, pero esta Central, bajo el empuje e influencia de las masas radicalizadas tiene la posibilidad de volver a ser soviét, entonces podría jugar el papel de gran candidato al poder y en su seno bajaría el partido revolucionario para asegurar la victoria. Esas las razones por las que debe plantearse al hundimiento del stalinismo la alternativa de la toma del poder por la clase obrera, la revolución proletaria, así, de manera directa e inmediata.

6. No se trata de meterse furtivamente en el gobierno burgués para transformarlo desde dentro, etc., sino de llegar a él por el camino insurreccional, por la lucha armada. Por esto estamos obligados a desarrollar una política firme hacia la ancha base social de las FFAA, hacia las clases y jóvenes oficiales, a fin de ganarlos para la revolución y al mismo tiempo ganar el control de las armas para la misma finalidad. Mientras tanto y ahora mismo, las organizaciones de masas, el partido revolucionario deben armarse y constituir milicias de autodefensa.

Junio de 1984